

Un Cuerpo de Cristo hospitalario

Christina Spahn

Es domingo, diez de la mañana, en la Iglesia de Nuestra Señora del Santo Rosario en Albuquerque, Nuevo México. Marta y Rick se acomodan con sus dos hijos en la tercera hilera de bancas. Minutos después, José y Ana se mueven a la fila de atrás; son una pareja ya de edad y han venido a visitar a la madre de José que se encuentra en las etapas finales de un cáncer terminal. Un rato después llega Santiago, un feligrés de muchos años, al que le acaban de diagnosticar Alzheimer. Le siguen la familia Sánchez, cuyo hijo menor, Jordan, está celebrando su sexto cumpleaños, y Citlalli y Alejandro, que decidieron retomar la fe de su infancia: vienen a misa por primera vez después de muchos años. La familia Miller, recién llegada a Albuquerque, está sentada más allá; vienen del área de Denver, de una parroquia vibrante y oyeron que esta parroquia, del Santo Rosario, sería una buena comunidad para ellos. Por último, Laura y Beto llegan corriendo a sentarse en la cuarta fila; estuvieron toda la mañana preparando y sirviendo el desayuno en el comedor parroquial y vienen a orar con toda la comunidad.

Esta configuración imaginaria de gentes se reproduce a lo largo y ancho del mundo, en cada Eucaristía dominical. En cada hilera de cada iglesia, las personas que llenan los bancos llegan con sus emociones y experiencias. Hay corazones llenos de alegría y gratitud, y también unos como aplastados por la pena y el dolor, mientras que los demás quizá no experimenten algo tan extremo. Si las personas salen de la iglesia restauradas y bien dispuestas a enfrentar otra semana, depende de lo bien que se celebra la liturgia y de su participación activa en el rito. Pero su experiencia también se ve influida por la forma en la que se sientan bienvenidas e incluidas. La Misa es, después de todo, una oración comunitaria, y la gente necesita sentirse parte de la comunidad. ¿Cómo lograrlo?

En muchas parroquias, hay ministros de hospitalidad o ujieres que dan la bienvenida a la gente que va llegando a la iglesia. En algunas de ellas, los visitantes y los fieles de reciente



En cada hilera de cada iglesia, las personas llegan con sus más variadas emociones y experiencias; seamos hospitalarios con cada una de ellas.

inscripción son reconocidos antes de iniciar la liturgia. En otras iglesias se invita a las personas a presentarse a los que están al lado suyo. Estas prácticas son útiles y ayudan a crear un ambiente cálido y acogedor. Pero lo más importante es que cada feligrés tenga conciencia de que es miembro de una comunidad de fe que da la bienvenida a los demás y tiene ese compromiso: ser hospitalario. Esto se expresa de muchas maneras: una sonrisa, la disposición a moverse para acomodarse a una persona o familia recién llegada, preguntar

cómo ha sido la semana, o un simple comentario sobre el tiempo, las noticias o cualquier otra cosa que venga al caso. Comunidad es relacionarse, y las relaciones se construyen cuando las personas se comunican entre sí.

Ser una comunidad hospitalaria de fe implica mucho más que lo que pasa adentro de la iglesia; exige gratitud y generosidad en el estacionamiento y formas de comunicación que respondan a las necesidades y preferencias de todos los miembros de la comunidad; también exige tener sensibilidad pastoral con quienes se acercan a la oficina parroquial, y sincero agradecimiento con quienes ayudan en el altar los domingos a las 10:15 am. Ser hospitalario es invitar a un nuevo parroquiano a participar en un ministerio y también aconsejar a un catequista abrumado que piense en tomarse un par de meses de descanso. Es saludar con calidez al feligrés de siempre y acoger al indigente. Es compartir risas y lágrimas. En pocas palabras, ser una comunidad hospitalaria es involucrar a individuos y grupos a salir al encuentro de las personas donde estén, reconociéndolas como miembros del Cuerpo de Cristo, y tratándolas con el amor y respeto con que les gustaría ser tratadas.

En cada hilera de cada iglesia, las personas llegan con sus más variadas emociones y experiencias; seamos hospitalarios con cada una de ellas.